

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV 29 de noviembre de 1890 Núm. 161



LA PRIMERA COMUNIÓN

UN RATO DE CHARLA

ME he propuesto no parar de soltar verdades, aunque no sea eso del gusto de las señoritas con cabeza de chorlito que sólo saben hablar de *trapos*, ni de los señoritos con cara de mono que cifran su único anhelo en parecer chulos de menor edad; y allá van unas cuantas, por si algún piadoso lector se toma la molestia de hacer que *corran*. Hay veces en que conviene alborotar un poco el cotarro.

Estado de la instrucción pública según persona que lo entiende: *«mala enseñanza, mal organizada; malos libros de texto; malos programas; malos profesores, salvo excepciones; malos locales; malas pagas; malas costumbres y mala organización. Todo malo.»*

Alguna vez había dicho yo algo parecido, pero me he alegrado mucho de encontrar quien lo dijese con más autoridad que yo.

Sigue diciendo mi evangelista: *«un español de catorce á quince años tiene obligación de aprender tantas cosas, que acaba por no saber ninguna, habiéndose dejado en la ardua empresa bachilleril toda su frescura mental y casi toda su robustez física. El alma y el espíritu se atrofian en parte y contraen conformaciones viciosas, de las que jamás llegarán luego á curarse.»*

»Tras la instrucción primaria, el muchacho tiene que convertir su cerebro en almacén de una masa informe de nociones oscuras é incompletas. El débil organismo juvenil se asimila como puede lo que le enseñan en detestables libros de texto y por procedimientos primitivos: Latin y castellano, Historia de España, Francés, Aritmética y Álgebra, Retórica y Poética, Geometría y Trigonometría, Psicología, Lógica y Ética, Física y Química, Historia Natural, Fisiología é Higiene, Agricultura, etc., etc.

»Mucho más de lo que la vida entera de un hombre podría abarcar para quedar en estado de razonar sus conocimientos.»

Las consecuencias de estas premisas las tocamos luego en la vida práctica: vamos á la cola de Europa; no tenemos quien haga caso de nosotros; somos objeto de una desconfianza invencible, científicamente hablando.

No hay nación donde la cuestión de la enseñanza no apasione profundamente los ánimos. Sólo citaré, como ejemplo, Italia, por

no citar el Japón. Allí se han propuesto ser un gran pueblo, y lo van consiguiendo. Pero ¿qué hacen para ello? Ni siquiera tienen sufragio universal como nosotros, pero en cambio llamaron del extranjero á unos cuantos sabios, como hiciera aquí nuestro buen rey Carlos III, y en pocos años se ha formado una multitud de sabios que gozan ya de fama universal. Lo mismo que los nuestros. La instrucción pública prospera, sus hombres de ciencia son escuchados, y no se deja ni un instante de la mano la cuestión de la enseñanza, atendiendo á su continuo progreso, á su reforma, á su prestigio.

Desdichados en todo, nosotros, quisimos una vez enviar al extranjero á algún aprovechado joven para que estudiase *filosofía!*, y nos trajo esa homeopatía metafísica llamada el *Krausismo*, risa de la Europa entera. Fué lo que se llama llegar tarde y mal.

En otras partes la enseñanza es un fin: aquí es un medio. De la cátedra es fácil pasar á un ministerio, y, como no hay calamidad mayor que un catedrático-ministro, ayudadme á sentir, aquí donde los ha habido á docenas.

En otras partes se va á la cátedra sin otra idea que la de enseñar, sin deberlo más que á la ciencia: aquí resultan las cosas de tal manera, que en tiempo de los blancos los catedráticos resultan del color de la magnesia, y en tiempo de los colorados, del color del bermellón. Más aún: se les consiente que ejerzan de ediles en los ocios que Dios hizo para ellos. ¡Como si no tuviesen bastante trabajo con los desaforados libros de texto que escriben la mayor parte de ellos para uso de los alumnos matriculados en sus asignaturas!

Pero por hoy se me acaba el espacio, y habrá que dejar para otro día la continuación de esta charla.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

CONOCIMIENTOS ÚTILES

Tinta agrícola.—Esta tinta sirve para escribir los nombres de las plantas en las tablillas que á cada una se le pone.

Se toman partes iguales de cardenillo y sal amoníaco en polvo, media parte de humo de pez y diez de agua. Se mezcla todo en un mortero de vidrio ó de porcelana, el agua inclusive. Después de algunos días, esta tinta adquiere una solidez casi metálica.

LOS FOSFOROS MARAVILLOSOS

CUENTO DE ANDERSEN

SOPLABA un aire siberiano, nevaba y la noche era negra, muy negra; tanto como los pesares más hondos y las penas más grandes. Era la primera de un año y la última de otro: iban con una un mundo de experiencias y desengaños, venían con la otra ilusiones y esperanzas sin fin. A pesar del horrible frío que sentía y de la oscuridad que reinaba, vagaba errante por la calle una niña muy pequeña, pobremente vestida y la cabeza descubierta. Cuando salió de su casa tenía puestas unas babuchas que de nada le sirvieron. Eran anchisimas; tanto, que mejor que babuchas parecían dos barcazas á propósito para vadear algún río. La niña andaba apresuradamente á causa del frío que sentía, y en su apresurada marcha perdió los zapatos, causándole su pérdida la mayor consternación.

¡Cómo le iba á decir á su madre que había perdido las babuchas! Decididamente, si no las encontraba no volvía á casa: ¡qué había de volver!

Entregada á los más tristes pensamientos, caminaba la pobrecita con los piecitos desnudos, que el frío teñía de encarnado y azul, llevando en su delantal muchos fósforos de madera y un puñado también en la mano. Nadie durante el día le había comprado un solo manojito: por añadidura no había dado con quien le diese un mísero perro chico por compasión. De ahí que, cariacontecida y hostigada por el hambre y el frío, anduviese penosamente, manifestando en su rostro angustiosa desazón.

¡Pobrecilla niña! Los copos de nieve caían sobre su larga y dorada cabellera, que en ensortijados rizados rodeaba su nevada frente; pero la niña no fue nunca dada á la vanidad y se preocupaba poco por aquella inesperada contrariedad. Lo que si la afligía y molestaba en extremo era el frío que sentía, aquel pícaro frío que la conseguía martirizar.

En un recodo formado por dos casas que hacían ángulo se sentó acurrucándose; y, á pesar de que encogió cuanto pudo sus desnudos pies, el frío la mortificaba cada vez más. Faltóle valor para volver á casa sin zapatos y sin haber vendido un solo fósforo. Su padre le pegaría, y, además, en su miserable albergue, apenas si encontraría más calor que en la intemperie. No tenían más cubierta que el techo, por el cual, silbando, se introducía el viento, á pesar de haberse tapado los resquicios mayores con paja y trapos á falta de mejor provisión. Sus manitas estaban ateridas. ¡Oh! ¡Cuánto consuelo podía prestarle un solo fosforito si se atreviera á separarlo del manojito y, frotándolo contra la pared, calentarse con él los dedos! Sacó uno. ¡Risch! ¡Cómo ardía chisporroteando! Brotó una calurosa y clara llama semejante á la de una velita. La niña aproximó á ella su manita ahuecada. ¡Era una luz maravillosa!



Rosas en capullo

Frotó entonces otro, y, encendido, ardía alumbrando; y, al extender sus resplandores en la húmeda pared, tomó ésta la diáfana transparencia del más primoroso cristal. Súbitamente apareció á su vista un lujoso aposento donde había una mesa cubierta con blanquísimos manteles y finas porcelanas. Y fué lo más portentoso que el ave que se veía en la fuente central saltó al suelo y, andando clavados aún en su lomo tenedor y cuchillo de nacarado mango, venía en derechura hacia ella. Entonces se apagó el segundo fósforo, viéndose sólo el helado y grueso muro.

Encendió un nuevo fósforo.—¡Fuera miedo!—se dijo.—De todas maneras no he de volver á casa.—¡Risch! ¡Jesus mío, lo que vió! De repente encontróse sentadita bajo el más ostentoso árbol de Navidad que había admirado en los escaparates del comerciante más rico de la ciudad. Miles de lucecitas ardían entre sus verdes ramas; estampas de variadísimos colores, y otras mil lindezas y primorosos juguetes, colgaban por todas partes al alcance de la mano. La niña levantó los brazos, abrió una de sus manos... y se apagó la maravillosa luz.

Las luces de Noche Buena se elevaron, y vió entonces que eran las argentadas estrellas que tachonaban el ancho firmamento. De pronto cayó una, dejando tras sí en la celeste bóveda un luminoso rastro.

—¡Ahora muere alguien!—pensó la niña, pues su anciana abuela, única persona que la había amado y ya no existía, solía decir: «—Cuando cae una estrella, un alma vuela desde la tierra á Dios.»

Volvió á restregar otro fósforo contra el muro, y á su claridad se le presentó su abuelita, resplandeciente, apacible y dulce.

—¡Abuela!—exclamó la niña.—¡Oh! ¡Llévame contigo! Sé que también has de irte cuando se apague el fósforo, lo mismo que la caliente estufa, el hermoso pavo asado y el magnífico árbol de Noche Buena.

Frotó repentinamente los fósforos que le quedaban en el manojo, queriendo á todo trance no perder de vista á la querida aparición. Aquellos fósforos encendidos daban tanta claridad como un sol de mediodía. Nunca vió á la abuela tan arrogante y hermosa. Levantó la pobrecilla sus brazos, y en medio de deslumbrantes resplandores voló hacia las alturas. Allí no sintió ni frío, ni hambre, ni miedo: estaba con Dios.

Al despuntar la fría mañana, apareció sentada la infeliz criatura en el recodo formado por las dos casas, con las mejillitas encarnadas y los labios sonrientes. Sus yertas manos sostenían un puñado de fósforos á medio quemar, y sobre de ellos copos de nieve que parecían rosas blancas: eran la virginal corona que los ángeles, sus hermanos, mandaban desde el cielo al pequeño cadáver.

—¡Ha querido calentarse con estos fósforos!—decían los transeuntes.—Pero en rigor nadie supo las maravillas que había visto ni los arreboles que le rodearon al abrazar á su abuela en el cielo el día de Año Nuevo.

Traducción de BENJAMÍN

EL MUÑECO DE CARTON

(BOCETO)

CRUZABA el pobre huérfano por las calles de la villa al anochecer de un día lluvioso y frío.

Su rota ropilla, su cara macilenta, su triste sonrisa, y todo él, en fin, denunciaba la escasez y el hambre del pequeño vagabundo, pero vagabundo forzosamente á causa del desamparo y la orfandad.

Contaba el niño unos seis años todo lo más, pero seis años mermados por el sufrimiento. Sus brazos flacuchos y sus pies descalzos, negros de puro enlodazados, demostraban que ni aun de sí mismo se preocupaba.

Iba por las aceras y los cafés alargando sus manitas descarnadas al transeunte. Él nunca pedía nada con los labios: mudo y sonriendo, creía suficiente elocuencia para alcanzar una limosna su aspecto y su mano extendida.

¡Qué tristeza me dió una vez que le vi sentado en el pilón de una fuente!

Estaba jugando con otros muchachuelos de igual índole que la suya; pero noté que todos tenían estereotipada en el rostro la picaresca sonrisa del pilluelo.

Sólo él sonreía inocentemente.

Sus compañeros ganaban en el juego y se le reían.

Perdió diez céntimos que había conseguido reunir aquella mañana, y, escarmentado con la pérdida, metió las manos en los bolsillos de sus imposibles calzones y echó á andar en dirección á la plazuela inmediata, donde había una iglesia. Colocado á la puerta, importunaba con quejumbrosa vocecilla á los fieles que salían del templo. Algunos le entregaron, compadecidos, pequeñas monedas de cobre que él, á imitación de los mendigos grandes, besaba, pero sin decir jamás ni el rutinario «¡Dios se lo pague!»

Cuando abandonó la puerta del templo, llevaba en la mano... ¡veinticinco céntimos!... segun él, casi una fortuna.

Comenzaron á lloriquear las nubes.

El huérfano no pensaba en comer.

Así llegó la noche.

Como he dicho, cruzaba calles y calles en incesante andar. Algunas veces se paraba ante el escaparate de una confitería y contemplaba con extraviados ojos los dulces allí amontonados sobre elegantes fuentes de fino cristal tallado.

Después seguía andando sin rumbo fijo.

De este modo llegó á la puerta de un coliseo.

Vió bajar, de varios coches, elegantes damas y algunos jovencitos envueltos en ricos abrigos. Los contempló con envidia, pero sin rencor; y, apartándose para que no le atropellaran, fué á guarecerse de la lluvia, que comenzaba á arreciar, bajo los pórticos del suntuoso teatro.



LA FUGA DEL TIGRE



CARIÑO FRATERNAL

Cuando la hora fué avanzada y ya no acudía más gente, él fué á marcharse; pero quedóse atónito, sorprendido, al ver á un vendedor ambulante que expendía unos muñecos de cartón que, aun cuando los arrojaba al suelo y los tumbaba sobre el cajoncillo que merced á una correa llevaba colgando del cuello, ellos solos se levantaban y permanecían en pie constantemente.

El huérfano mendigo jamás había tenido juguetes; y aun cuando le acosaba el hambre, al oír que tales prodigios de cartón sólo valían un real, recordando á los muchachos que en aquel momento serían felices dentro del coliseo, lo quiso ser también, y, escogiendo el más grande de los pequeños monigotes, entregó al vendedor sus veinticinco céntimos.

¡Qué risotadas las del muchacho cada vez que dejaba acostada la figurilla y la veía levantarse sola! No sentía ya el frío, ni la lluvia mezclada con nieve que descendía de las nubes, ni mucho menos el hambre!...

A la mañana siguiente era encontrado en un banco del paseo. Estaba tendidito boca arriba, con los ojos cerrados y su cuerpo casi totalmente cubierto de nieve.

Cuando el juez se presentó en el lugar del suceso notó que el huérfano tenía algo en una de las manos.

—¿Qué tiene en el puño el chiquillo?—preguntó.

Un guardia abrió la mano del inocente muertecito, y con la calma de la indiferencia dijo:

—Un muñeco de cartón.

LUIS DE VAL

CARMEN

El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó:
hágase su santa voluntad.

JOB.

I

No creáis, queridos lectores, que voy á hablaros de la novela de Próspero Meriné que lleva el mismo nombre con que encabezo estas cuartillas.

La heroína de mi relato nada tiene que ver con la protagonista de la hermosa partitura de Carlos Bizet.

La Carmen de mi cuento era una hermosa niña, bella como las tintas de la alborada, tierna como el beso de una madre.

Pero era pobre, muy pobre: con el escaso jornal que su padre ganaba hubieran tenido para pasarlo medianamente si éste no hubiera sido un *poquillo* aficionado al *zumo de la vid*. Así es que cuando al final de la semana



Para tu madre

cobraba su mezquino sueldo, iba á cualquiera *templo de Baco* y se lo gastaba todo: si no todo, gran parte de él.

Y, entretanto, Carmencita y su madre comían poco y lloraban mucho.

Pero, en medio de su aflicción, no desesperaban de Dios y tenían toda su confianza puesta en Aquel que todo lo ordena y todo lo dirige.

Para colmo de desdichas, un día, el padre de Carmencita tuvo una congestión cerebral (lo que les sucede á casi todos los borrachos), y murió sin poder decir «adiós» á su mujer y su hija.

Pintar el dolor y la consternación que esta desgracia produjo á la pobre Carmen y su madre, es tarea poco menos que imposible para mi mal cortada pluma.

Un pavoroso problema se presentó entonces á aquellas desgraciadas.

¿Con qué medios atenderían á su subsistencia?

Carmencita tenía apenas diez años, y por consiguiente sus fuerzas eran demasiado débiles para ganarse el sustento por sí sola. Su madre, de tanto llorar, casi había perdido la vista por completo, y le era, por lo tanto, imposible dedicarse á las faenas propias de su sexo; y, además, el único pariente que les quedaba en el mundo, que era un primo hermano, había marchado hacía algún tiempo á América y no habían tenido noticias de él.

No había otro remedio que salir á la vía pública á mendigar una limosna.

Y ¡cuánto lloraron antes de apelar á este recurso!

Pero se convencieron de que no había otra resolución y soportaron resignadas esta última prueba.

Se trasladaron á una miserable buhardilla, digna sólo de servir de albergue á arañas y ratones, y la *amueblaron* con su único ajuar: una mesa perniquebrada, dos desvencijadas sillas y un miserable jergón.

Por el día iban á sentarse á las gradas de un templo, y desde allí imploraban la caridad pública, que les daba lo bastante para... morir de hambre.

Por la noche, después de cenar ó no (que también había noches que no cenaban), Carmencita rezaba por el alma de su padre y para que Dios, en el que siempre confiaban, no las desamparase en este valle de lágrimas y miserias.

Y así pasaban la vida, si no feliz, casi resignadas con su suerte.

Jamás salió de los labios de aquellas dos infelices una queja, jamás se rebelaron contra su destino.

Si algún nuevo golpe venía á aumentar su desgracia, decían:—Todo sea por amor de Dios,—y se resignaban con ella.

Tan heroica resignación, tan cristiana esperanza, debía ser recompensada por el Todopoderoso, y efectivamente lo fué.

Un día Carmencita y su madre estaban sentadas, como siempre, en las gradas del templo, mendigando una limosna, cuando salió de la iglesia un señor elegantemente vestido que se puso á mirar con interés á la madre de Carmen.



Cogiendo lilas

Después de algunos segundos de muda contemplación se acercó á ella y, abrazándola, le dijo sollozando:

—¡María!...

La madre de Carmencita (que se me ha olvidado deciros que se llamaba María) reconoció por la voz á su primo: hubo besos, abrazos, sollozos; lo

que sucede en todas las entrevistas de seres queridos, por largo tiempo separados.

II

Dos meses después Carmencita y su madre se paseaban con su pariente en hermosa carretela.

¿Cómo se había verificado el milagro? Supongo, queridos lectores, que os lo habréis figurado ya.

El primo de María había venido de las Américas inmensamente rico y soltero, y por lo tanto sus únicas afecciones eran Carmen y su madre.

Hé aquí explicado también el por qué, poco tiempo después, se levantaba un hermoso *hótel* en el paseo de X***, y adosado á él otro edificio que era objeto de la curiosidad de todos, pues nadie se explicaba á qué se destinaría.

Bien pronto se resolvió el enigma al verificarse la inauguración de aquel edificio levantado por la iniciativa de Carmen y que no era otra cosa que un asilo de niños mendicantes.

Sobre la hermosa fachada del asilo se leía la siguiente inscripción, grabada en letras de oro:

Dios no desampara jamás á los que en él confían.

ANTONIO CLAVERÍA LLOBET

NUESTROS GRABADOS

LA PRIMERA COMUNIÓN

Ningún traje sienta mejor á una niña que el blanco vestido de la primera comunión, símbolo de pureza y de inocencia. ¡Cuánto se echa de menos aquel memorable día á medida que se avanza en la existencia!

ROSAS EN CAPULLO

Dos rosas preciosas, ciertamente, en cuyos semblantes resplandecen tanta bondad como belleza.

LA FUGA DEL TIGRE

El tigre se ha escapado de la jaula como cualquier serpiente boa ó como uno que se escapó hace algunos años de una colección de fieras que se exhibía en Madrid y se fué á darse una vueltecita por la calle de Alcalá. Es una broma bastante pesadita.

CARIÑO FRATERNAL

Lindo grupo forman esas dos bellas hermanitas que se están acariciando

con tanto afecto. Es una escena ejemplar, pues así debe ser siempre entre hermanos.

PARA TU MADRE

La buena niña estaba perfectamente enterada de que en casa del pobre barrendero, con una madre enferma, no había todo lo que era imprescindible, y le entrega una monedita, privándose para ello de comprarse alguna golosina. La niña sabe muy bien que Dios paga esas caritativas dádivas al ciento por uno.

COGIENDO LILAS

Ocupación excelente, á la cual se entregan con ardor esos tres lindos arrapiezos, teniendo al perro por cómplice. Un niño que guste por las flores demuestra con esto solo que tiene una alma bella.



LA PASTORA DE OCAS

(Conclusión)

Pero ¡cuál no fué su asombro cuando la vió acercarse á la fuente, despojarse de la piel para lavarla; cuando sus cabellos dorados se desarrollaron sobre ella y cuando se mostró tan hermosa cual mujer ninguna que hubiese visto en este mundo! Apenas se atrevía á respirar; pero alargaba el cuello cuanto podía á través del follaje, y la miraba sin quitarle los ojos de encima. Sea que se hubiese inclinado demasiado, sea por otra causa, la rama crujió de súbito, y al mismo tiempo la joven se encontró oculta bajo la piel. Brincó como una corza, y la luna, velándose en aquel momento, la escondió á sus miradas.

Apenas había ella desaparecido cuando bajó el conde del árbol y corrió tras ella cuan rápidamente pudo. No había dado algunos pasos, cuando vió en el crepúsculo dos personas que andaban á través de la pradera. Eran el rey y la reina, que de lejos habían distinguido una luz en la casa de la vieja y se dirigían hacia aquella parte. El conde les refirió las maravillas que había visto cerca de la fuente, y no dudaron ellos de que se trataba de su perdida hija. Apretaron el paso muy alegres y pronto llegaron á la cabaña. Las ocas estaban alineadas alrededor: dormían con la cabeza oculta bajo las alas, y ninguna se meneaba. Miraron dentro de la casa por la ventana, y vieron á la vieja que estaba sentada tranquilamente é hilaba, inclinando la cabeza y sin desviar los ojos. Todo estaba limpio en la cabaña como si estuviese habitada por ligeros silfos aéreos que no llevan polvo en los pies. Pero no vieron á su hija. Miráronlo todo durante algunos instantes. Por fin cobraron ánimo y llamaron discretamente á la ventana.

Hubiérase dicho que la vieja les esperaba, pues se levantó y gritó con voz amistosa:

—Entrad: ya os conozco.

Cuando hubieron entrado en el cuarto, la vieja dijo:

—Hubierais podido ahorraros tan larga caminata si hace tres años no hubierais arrojado injustamente á vuestra hija, que es tan buena y tan graciosa. No ha perdido nada, sin embargo, pues durante tres años ha estado guardando ocas: durante todo este tiempo no ha aprendido nada malo y ha conservado la pureza de su corazón. Pero bastante castigados quedáis con la inquietud en que habéis vivido.

En seguida se acercó al cuarto y dijo:

—Sal, mi querida niña.

Abrióse la puerta, y la hija del rey salió vestida con un traje de seda, con cabellos dorados y sus ojos brillantes: hubiérase dicho un ángel que bajaba del cielo. Corrió hacia sus padres, abrazóse á ellos. Todos lloraban de alegría sin poder contenerse. El condecito se encontraba cerca de ellos, y cuando ella le vió tornóse su rostro colorado como una rosa musgosa: ni ella misma sabía por qué. El rey dijo:

—Cara hija, he repartido ya mi reino: ¿qué te podré dar?

—No tiene necesidad de nada,—dijo la vieja;—le doy las lágrimas que ha derramado por vosotros, que son otras tantas perlas, más bellas que las que se encuentran en el mar y representan mayor valor que todos vuestros reinos; y por recompensa de sus servicios, le regalo esta casita.

Así que acabó de decir estas palabras, desapareció la vieja. Oyóse crujir ligeramente las paredes, y, como si se volviesen del revés, la cabaña se encontró trasformada en un soberbio palacio. Estaba servida una mesa regia, y los criados iban y venían en torno.

La historia continúa más; pero mi abuela, que me la contó, había perdido un poco los papeles. Creo, sin embargo, que la hija del rey se casó con el conde, que moraron juntos en el palacio, y que vivieron muy felices hasta que Dios quiso. Si las ocas blancas que eran guardadas cerca de la casa, eran otras tantas jóvenes que la vieja había recogido; si recobraron la forma humana y se quedaron allí en calidad de damas de la hermosa reina; es cosa que no sé á punto fijo, pero conjeturo que sí serían. Lo que sí es cierto es que la vieja no era ninguna bruja, sino una buena hada que á todo el mundo le quería bien. Probablemente ella era también la que había concedido á la hija del rey, desde que naciera, el don de llorar perlas en lugar de lágrimas. Esto no se ve ya hoy, pues sin eso los pobres se hubieran hecho pronto ricos.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal. MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA